

Un buen vecino. (1)

CONSEJOS DE UN RUSTICO Á SUS HIJOS.

¡Qué cosa tan rara es un buen vecino! Desde en vida de mi padre lo que más se procuraba en casa era guardar los mayores respetos y consideraciones á nuestros vecinos, y nada temíamos tanto como el que surgiese alguna reyerta ó diferencia entre ellos y nosotros: y era natural, pues personas hemos visto padecer cruelmente por la mala voluntad y ojeriza de un mal vecino, ó que han perdido todo su bienestar y fortuna por el capricho y terquedad de algun caviloso y mal nacido. Por eso, mi padre no se cansaba de repetir, «llevad buenas relaciones con vuestros vecinos y sufrid las pequeñas molestias que os causen.» Y luego añadía: paréceme que lo estoy oyendo, «Tenemos, sobre todo, un vecino magníficamente bondadoso y bueno, que estimo en sumo grado, y cuya amistad os ruego encarecidamente, cultivéis cuidadosamente. Siempre está de buen humor, siempre dispuesto á servir, siempre con su corazón y sus tesoros abiertos para sus amigos. Nunca, desde que vivo en esta casa, me he visto afligido sin que me consolase, nunca agobiado sin que me diese un apoyo oportuno y eficaz. Cultivad su amistad, os lo encargo, no lo olvidéis.»

Yo por mi parte, nunca he olvidado este consejo de mi padre, y jamás he dejado de conservar con

(1) Este artículo es el último de una serie de artículos que en 1876 publicó el autor en «El Mensajero» con el título de «Consejos de un rústico á sus hijos.»

este buen vecino, muy afectuosas relaciones de vecindad. Aun en los días en que más cansado estoy, no me falta tiempo para ir á visitarle. A veces llego del campo abrumado de cansancio, aporreado, con todo el cuerpo quebrantado, despues de haber estado todo el día expuesto á los rayos del sol cuidando la cosecha del maíz ó viendo la quema de lá milpa, y es tal la inclinación que me arrastra á conversar con mi buen vecino, que no acierto á recogerme sin ántes pasar un instante por su casa: le veo, le cuento lo que me pasa, mis temores, mis esperanzas, á veces tambien mis aflicciones, y con este ratito de amistosa conversación, me parece que ya estoy descansado, y vuelvo á mi casa radiante de felicidad á continuar la conversación con mi buena Josefa, que por cierto con su exquisito tacto ha sabido hacer de su casa un punto de reunión para una tertulia de familia, en que la más cordial jovialidad y alegría no se riñen con un espíritu profundamente cristiano enemigo de toda murmuración y maledicencia. Asi vivo completamente feliz, entregado de pies y manos á mi familia, y al afectuoso cariño de este mi vecino, que es un amigo sincero de aquellos que alaban los sagrados libros.

Josefa visita también á nuestro vecino, y con más frecuencia que yo, porque habitualmente no está ausente de la ciudad, y siempre me dice que con dificultad encontrará visita que le sea más instructiva y provechosa. Así es cómo, con las relaciones frecuentes y el trato continuado de este mi vecino, ha aprendido á cumplir mejor sus obligaciones, y ha adquirido un caudal suficiente de principios y de virtudes para educar sabiamente á nuestros

En los pueblos cristianos se engendra cierta familiaridad afectuosísima entre los habitantes del lugar y Jesucristo presente realmente en el templo. Era de verse el espectáculo que ofrecían á la vista muchas sencillas poblaciones en las catástrofes y calamidades, como incendios, inundaciones, etc. Mientras que los mozos valientes y forzudos trabajaban para oponer un dique á la devastación, el anciano cura sacaba de la Iglesia al Santísimo Sacramento, y viejos, mujeres y niños se agrupaban á su alrededor pidiéndole con llanto y con fervor que remediasse aquella desgracia. ¡Cuántas veces los ruegos de aquella affligida multitud que pedía con amorosa confianza á su Padre y Señor, se veían escuchados, viéndose cesar repentinamente un incendio que amenazaba devorar la población, la inundación que debía convertirla en un desierto!

Los librepensadores se reirán: quédense con su risa y sus bufonadas: nosotros seguiremos siempre creyendo en el auxilio sobrenatural de Dios, y somos completamente felices con nuestra fe, en tanto que ellos.....¡ay!.....cuántas penas y remordimientos desgarrarán su corazón.....¡cuántas dudas! cuántas tinieblas..... y quizá tambien.....! ¡cuánta desesperación!..... Oh Santa fe..... bendita seas! tú llenas las infinitas aspiraciones de nuestra alma!

Hijos del pueblo, no olvidéis visitar diariamente á Jesús en el Sacramento, y no tendréis de que arrepentiros. Él obra directamente sobre los corazones, y se palpan los bienes que infunde en las almas de sus amigos adictos y constantes.

Un día, un antiguo sirviente de la casa de mi

padre, vino todo compungido á entregarle cuatro pesos.

—¿Qué cuatro pesos son esos Perico, le dijo mi padre, que no atinaba con lo que significaban?

—Ah Señor, respondió Perico con las lágrimas en los ojos; ya no puedo más, el *vecino* no me da reposo, ni de día, ni de noche. Por la primera vez quise tomar lo que no es mío; pero.....es un tormento insoportable.....Ud. no ha notado el fraude.....pero él, que todo lo ve.....ha estado conmigo como sierra de palo.....Ud. me acostumbró á visitarle todos los días, pero desde que robé, no oigo más que los cuatro pesos..... los cuatro pesos.....los cuatro pesos..... Tómelos Ud. Señor, y perdóneme Ud.

El cristiano fervoroso no deja pasar los días sin conversar con Jesús. ¡Qué tristeza la de ciertos lugares en donde Jesucristo está todo el día encerrado sin que ni un solo adorador venga á acompañarlo en su soledad! No es extraño que oigamos á los hombres quejarse y lamentarse tanto de su mala situación, del mal estado de los negocios, de la miseria. Si las criaturas abandonan á su Creador, ¿cómo ha de extrañarse que el Creador deje á la criatura? Se pudiera decir, como San Juan decía á los judíos: «*Hay uno en medio de vosotros que no conocéis.*» A esto debe atribuirse ese malestar general, esos odios, esa inclinación á los desordenes y á la destemplanza.

Veis que álguien echa la casa por la ventana, para los preparativos de un baile, ó para costear el abono de un palco para el teatro; pero en el momento en que por su imaginación cruza un pensamiento de consagrar alguna cosa á la casa de nuestro Señor, in-

mediatamente se acude á los pensamientos de economía, á las necesidades de la familia, de la vejez futura, etc., etc.

No era así en otro tiempo: mi padre cada año tenía cuidado de separar lo que destinaba para el embellecimiento de la casa del *vecino*, y, aun estando de viaje, lo tenía siempre presente. En una ocasión, tuvo necesidad de ir á la villa de X* para tratar de librar de la guardia nacional á un compadre suyo, muy honrado y muy trabajador que era el único apoyo de su esposa y nueve hijos todos pequeños. Cuando llegó á la Jefatura Política, estaba ya cerrada la oficina y hubo necesidad de dirigirse á la casa particular del Sr. Jefe Político.

—Se ha tardado Ud. mucho, le dijo éste á mi padre, para excusarse.

—Es verdad, sírvase Ud. dispensar; pero fuí antes á saludar al Señor del pueblo.

—¡Cómo! replicó echándose atrás con asombro, el Jefe Político. ¿Hay acaso señores, en la villa de X* parte integrante de la República soberana de México? ¿Hay algún otro señor más que el *pueblo soberano*?

—Sí, sí, respondió mi padre, riéndose muy fina y jovialmente, y es Jesucristo, Señor vuestro, y mío también.

Yo he pasado muchos momentos delante del Santísimo Sacramento, y confieso que son los que mi alma recuerda más dulcemente. Mi único pesar es no poder consagrar más tiempo á la visita de este amigo sublime en *cuya conversación no se siente amargura y cuyo trato no causa fastidio*. Es el asilo más seguro del hombre, el amigo más fiel, el más suave

consolador: un poco de fe, y se halla en él remedio para todos los males, luz para todas las dudas, apoyo en todas debilidades. Recibir este divino Sacramento es, sobretudo, de tal utilidad para el hombre, que no comprendo la indolencia de los que pasan días, meses y años, sin acercarse á él. ¡Ah! permítidme decirlo: ¡qué costra de corrupción debe cubrir el sepulcro en que yacen esas almas perezosas! Mi padre jamás dejaba pasar un mes sin acercarse á la sagrada mesa eucarística, y, ya lo sabíamos todos, hijos y criados, los días siguientes al de la comunión eran los más felices de la casa. Paréceme todavía estar viendo la apacible y dulce cara de mi venerable padre radiante con alegría muy especial. En esos días era cuando más sentía palpitar su corazón con el amor que nos tenía á nosotros y á mi santa madre, y su cariño se exhalaba y se comunicaba á todos: una santa paz reinaba en casa, que nos cuidábamos mucho de perturbar. Esos días han dejado en el alma de todos nosotros indelebles huellas que nos hacen más venerable y querida la memoria de nuestros amados padres, que fueron siempre felices porque siempre amaron á Jesús en su Sacramento de amor.

Nosotros hemos heredado la costumbre de recibirle con frecuencia, y seguimos su consejo llevando muy afectuosas relaciones con el *VECINO*, tan amoroso y tan bueno como en los tiempos de mi padre.

hijos, y para gobernar con sapientísima prudencia la casa. Por eso no puedo menos que llenarme interiormente de lástima, oyendo á algunos amigos míos quejarse de sus mujeres, ya por su falta de firmeza y por su debilidad, ya por su falta de instrucción sólida y su carencia de principios y virtudes domésticas. Digo para mí: «si tuvieran un vecino tan bueno, si frecuentaran la casa del que yo tengo, todo quedaría remediado.» Desgraciadamente no es así, muchos maridos y muchas mujeres conozco, que han tenido oportunidad de conocer y tener amistad con este mi vecino, y la han desperdiciado, y creo que si dijera que hasta desprecios le han hecho, no mentiría. ¿Por qué, pues, se quejan? ¡Flaquezas humanas!

Josefa no se aviene con la tristeza, que bien sabe que es la enemiga mortal del alma; pero no deja alguna vez de estar apesadumbrada ¿quién no tiene pesares en el mundo? mas ya sabe el medio de expeler de su corazón su amargura: corre á casa del vecino, le refiere sus cuitas, y nunca sale sin consuelo puro y completo, verdadero y eficaz. A veces le lleva á sus hijos, le ruega que los bendiga, que los aconseje, que los haga amiguitos suyos, y él con su gran bondad no rehusa obsequiar sus deseos. Está tan contenta esta pobre criatura, que ni por todo el dinero del mundo querría dejar la casa que vivimos. No hace mucho, se nos proporcionó otra mucho mejor, muy amplia, muy espaciosa, con un jardín graciosísimo, con una huerta poblada de altos y frondosos árboles bajo cuya sombra se puede sestear cómodamente en las tardes calorosas del verano; Josefa, sin embargo, despreció todas estas co-

modidades para no privarse de nuestra buena vecindad.

Ya comprenderéis, hijos sencillos del pueblo, que mi buen vecino es Jesucristo en el Sacramento, pues vivo cerca de una Iglesia. En tiempos mejores, cuando la fe ardía viva en todos los corazones, los pobrecitos acudían con asiduidad á visitar al amoroso Jesús cautivo en los tabernáculos. El cura solía decir en mi pueblo la misa muy temprano, al rayar el alba, para no hacer esperar á los labradores que debían ir al campo á la roza de los terrenos á la siembra de las sementeras, y el que no podía absolutamente visitar á su querido Jesús en la mañana, se desquitaba por la noche, viniendo á arrodillarse junto á la lámpara del Señor á decir muy devotamente sus oraciones. ¡Cuán fortalecidos salían de esta visita! ¡Ah! sí: este sacramento es el corazón del cristianismo, es el foco de la piedad, de la castidad, de la humildad y del amor: del amor sobretodo. ¿Quién, después de visitar al dulcísimo Jesús, sale frío é impasible? ¿Quién no siente brotar en la intimidad de su corazón esa savia purísima que acrisola y aumenta los amores puros y santos del alma? ¿Quién que va todos los días á conversar unos instantes con Jesús no ama profundamente, tiernamente, á su padre, á su madre, á su esposo, á su esposa, á sus hermanos, á sus parientes, á sus conciudadanos, á su patria, á la Iglesia, á Jesucristo Dios y hombre? El Santísimo Sacramento es un río de amor que se desborda y lleva en su corriente á cuantos á él se acercan. Allí se apagan los odios, se desarraiga la inclinación á los vicios, y se fortifica el apego al cumplimiento del deber.